

EVERGETISMO E HISTORIA: PAUL VEYNE Y PHILIPPE GAUTHIER COMPARADOS

El evergetismo es una de las manifestaciones más características de las ciudades helenísticas y de las imperiales del Oriente romano. Naturalmente, hay que reconocer que, más allá de su importancia real en la vida de dichas ciudades – que debe ser evaluada por los trabajos que se hagan sobre el tema – el lugar que ocupa en los estudios sobre época helenística e imperial se debe también a la naturaleza de las fuentes en que éstos descansan. Una parte considerable la constituyen inscripciones que recogen decretos de ciudades, entre los cuales abundan las concesiones de honores a *euergetai* (benefactores).

El reconocimiento público que reciben estos benefactores no es más que una parte del evergetismo. Con este concepto, acuñado modernamente por los historiadores, se designa un fenómeno mucho más amplio. En un sentido estricto consiste en la realización de un bien (*euergesia*), prestación de un servicio (función pública, embajada, etc.) o donación (financiación de construcciones, festivales religiosos, etc.) que, al menos sobre el papel, es de carácter no obligatorio. Pero en la práctica hace referencia a una realidad bastante más compleja, en la que, según como se interprete, se da un don y un contra-don; se relaciona la comunidad de ciudadanos con uno de sus miembros, con un extranjero o con un rey, y a otro nivel, los más ricos y poderosos con los económicos y políticamente menos favorecidos; interviene cierto grado de presión social que condiciona la espontaneidad de la donación o servicio; se esconden situaciones de sumisión política y explotación económica; objetivamente se produce una cierta redistribución de la riqueza, etc. Esta lista de características mezcla elementos procedentes de diferentes interpretaciones, ninguna de las cuales, probablemente, coincidiría con ella en su totalidad, pero permite, en cualquier caso, ilustrar la complejidad de un fenómeno que puede ser estudiado desde vertientes muy distintas.

Sobre el evergetismo se han escrito dos obras fundamentales, que se han convertido en referencia obligada de cualquier estudio que trate de este tema: *Le pain et le cirque* de Paul Veyne¹, y *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs (IV-Ier siècle avant J.-C.)* de Philippe Gauthier². En muchos aspectos

(1) P. Veyne, *Le Pain et le Cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, Paris 1976.

(2) Ph. Gauthier, *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs (IVe-Ier siècle avant J.-C.) Contribution à l'histoire des institutions (BCH suppl. XII)*, Paris 1985.

llegan a conclusiones diferentes – el trabajo de Gauthier es en cierto sentido una abierta crítica al de Veyne – por lo que los estudiosos suelen presentarlos como contrapuestos e inclinarse en mayor o menor medida por las opiniones de uno u otro³.

En las páginas siguientes tratamos de analizar en qué consisten estas diferencias – aunque también señalamos algunas coincidencias – y a qué obedecen, lo que nos conduce a estudiar la metodología empleada en cada caso y, en último término, la concepción de la historia (tanto de la ciencia como del objeto de estudio) que hay detrás de cada autor. De hecho, nos encontramos ante dos obras sobre un tema muy específico que, por la manera en que se ha enfocado su estudio, ofrecen una magnífica oportunidad para entrar en cuestiones de teoría de la historia. Son, en realidad, dos libros singulares, diferentes no sólo entre sí sino también de muchos libros de historia, dos obras que en distintos terrenos intentan romper moldes. El evergetismo podría haberse estudiado desde ópticas mucho más “tradicionales”. De ahí el interés que tienen estos trabajos para el estudio no sólo del evergetismo, sino de la historia antigua en general, así como para la teoría de la historia.

1. Uno de los primeros aspectos del evergetismo que destaca P. Veyne en su libro es el de la amplitud cronológica: el evergetismo abarcaría aproximadamente desde el 300 antes de nuestra era hasta el 300 después (pp. 9, 185, 209 y ss.). Veyne no cree, sin embargo, que se pueda hacer extensivo a la época clásica, en la que tan sólo encontraríamos el precedente de algunas generosidades por parte de personas ricas, y la presencia de una institución, la liturgia (obligatoriedad impuesta a los ricos de contribuir en cuestiones tales como las fiestas públicas o la defensa de la ciudad) que, en todo caso, insinúa el camino por el que va a desenvolverse el evergetismo. Faltan en esta época las condiciones básicas para su desarrollo, que no se dan hasta el período helenístico: 1. la instauración en las ciudades de un *régimen de notables*, el gobierno de aquellos que por su riqueza y por el prestigio social que de ella se deriva, dedican tiempo y dinero a desempeñar funciones públicas al frente de instituciones que formalmente continúan siendo democráticas, y que se acaban convenciendo de que la política es asunto suyo, a la vez que los otros ciudadanos se van inhibiendo de toda responsabilidad. 2. La decadencia de la ciudad en el nuevo contexto internacional, dominado por las monarquías helenísticas, de manera que los cargos

(³) Citaremos dos ejemplos recientes: M. Sartre en su libro sobre *L'Orient Romain*, Paris 1991, 147-166, incorpora algunas de las principales conclusiones de Gauthier, a la vez que se muestra muy crítico respecto a Veyne. Lo mismo puede decirse, pero a la inversa, del artículo de G. M. Rogers, *Demosthenes of Oenoanda and Models of Evergetism*, “JRS” 81, 1991, 91-100.

públicos, reducida su importancia a nivel estrictamente municipal, se convierten más que nada en costosas distinciones sociales. La principal contribución de los notables será el dinero que aporten, que revertirá en la comunidad por medio de fiestas, espectáculos, construcción de edificios, etc. Es una actividad que según Veyne no debería subestimarse, ya que para la gran masa de ciudadanos lo importante no era la política internacional sino los asuntos de la ciudad, que era percibida como el marco fundamental en el que se desarrollaba su vida; de ahí la trascendencia del evergetismo. Esta situación se prolonga sin cambios significativos hasta época imperial, que es, en palabras de P. Veyne, "l'âge d'or de l'évergétisme" (pp. 256-258 y 271).

2. Los resultados a los que ha llegado Ph. Gauthier presentan notables diferencias. Gauthier critica a Veyne, entre otras cosas, el haber recurrido, sin establecer distinciones, a ejemplos de evergetismo de fecha y procedencia muy diversa, a fin de ilustrar su tesis. De modo que en su trabajo Gauthier aborda un análisis detallado y meticuloso de abundantes documentos, fundamentalmente de decretos, en los que apoya escrupulosamente cada una de sus afirmaciones. En primer lugar, llama la atención sobre la diferencia existente entre las fórmulas del tipo "le peuple (ha honoré) un tel, son bienfaiteur" y los decretos en los que se decide "«inscrire» quelqu'un comme «proxène et bienfaiteur de la cité»" (p. 7). Así, no sería cierto, como pretende Veyne, que en época helenística en Atenas ciertos ciudadanos hubieran recibido el título de *euergetes*, al igual que algunos extranjeros de época clásica. A los ciudadanos no se les otorgaba el título, sino que se les reconocía públicamente como bienhechores por medio de otras distinciones, lo cual ya se habría dado en el período clásico, a juzgar por los textos literarios (que no son tomados en consideración por Veyne, pero que para Gauthier serían igualmente válidos) (pp. 7-10, 24 y ss.). Gauthier invierte en cierto modo los términos del análisis de Veyne, en tanto en cuanto señala que a los ciudadanos no se les inscribía como *euergetai* en las listas públicas precisamente para evitar en un régimen democrático la institución de una clase de privilegiados. También refleja ideas opuestas a las de Veyne en su concepción del evergetismo como una institución que no surge en contradicción con el espíritu de la *polis* clásica, sino al revés, como una demostración ejemplar de la solidaridad que debía tener el buen ciudadano.

En definitiva, en Atenas y en general en el resto del mundo griego, desde época clásica los extranjeros recibían el título de *euergetes*, los ciudadanos simplemente eran honrados como *euergetai*, y ello habría continuado así durante la época helenística, sin ninguna clase de ruptura entre el final de un período y el comienzo del otro. La única novedad la habría constituido la aparición de una nueva categoría de *euergetai*, los monarcas helenísticos,

que por su poder y riqueza podrán conceder a las ciudades beneficios de dimensiones mucho más espectaculares (p. 39 y ss.); pero ello no comportará cambios significativos en el evergetismo de extranjeros y ciudadanos. No es hasta más adelante, ya avanzado el período helenístico, cuando se da el giro más importante en la evolución del evergetismo: a raíz de la crisis de las monarquías helenísticas en los siglos II y I a.C., las ciudades sólo podrán contar para la realización de grandes obras con los ciudadanos más ricos. Surge así un nuevo tipo de *evergetes*, que viene a ocupar en gran medida el vacío dejado por el monarca helenístico. El nuevo *evergetes* financia embajadas, la construcción de edificios públicos, la celebración de fiestas, la distribución gratuita de grano, etc. En consonancia con estos servicios recibe un tratamiento y honores semejantes a los que hasta entonces estaban reservados al rey, y al igual que éste, sus cualidades también les son atribuidas a sus antecesores, las adquiere ya por nacimiento sin que se tenga que aguardar a que las demuestre en el marco de una magistratura o en el transcurso de alguna acción especialmente habilidosa, lo que conduce con el tiempo a la formación de un grupo de privilegiados prácticamente hereditario, que se sitúa por encima de la masa de ciudadanos (p. 53 y ss.). Este "grand évergète", como lo denomina Gauthier, responde, de hecho, a la clase de *evergetes* que Veyne atribuía a todo el período helenístico. En este punto podemos observar una vez más como Gauthier llega a conclusiones opuestas a las de Veyne: si para éste el surgimiento del evergetismo está íntimamente ligado a la crisis de la *polis* clásica y de los cargos que el notable va a asumir, para Gauthier el gran *evergetes*, al contrario, entra en escena casi como salvador de la ciudad y para desempeñar funciones de vital importancia.

Así pues, según Gauthier, el principal corte en la historia del evergetismo no habría que situarlo entre los siglos IV y III a.C., sino en el siglo II a.C. En su opinión, Veyne, incapaz de sustraerse a la tendencia muy extendida de estudiar la historia de las instituciones según la tradicional división ciudad clásica/ciudad helenística, habría cometido la equivocación de adaptar la evolución del evergetismo a la historia de los acontecimientos políticos, marcada por las conquistas de Alejandro y la instauración de las monarquías helenísticas, que habrían tenido consecuencias innegables en muchos terrenos, pero no en el de una institución como el evergetismo (pp. 4, 5, 66 y ss.).

3. En realidad, a P. Veyne no le han pasado completamente desapercibidos los cambios registrados en el evergetismo de la baja época helenística: "Distributions ou banquets, d'une part, édifices profanes ou sacrés, de l'autre, sont les objets favoris du mécénat à la basse époque hellénistique et à l'époque romaine" (p. 284). Ocurre, sin embargo, que sus intereses van

por otros derroteros, relacionados no tanto con lo que cambia, sino más bien con lo que no cambia, o mejor dicho, con estudiar lo que, efectivamente, cambia, ya que los elementos que constituyen la historia se modifican, pero desde el punto de vista de las *invariantes*. Esto no significa, por supuesto, que si Veyne analiza desde esta óptica unos hechos que han seguido una evolución distinta a la que él imagina, ello no le pueda conducir a errores, pero se trata ya de una cuestión distinta.

Tras *Le pain et le cirque* se halla una concepción muy particular de cómo estudiar la historia, que Veyne ha expuesto por otro lado en un libro estrictamente teórico, en el que recoge su lección inaugural en el Collège de France: *L'inventaire des différences* (Paris 1976). En él arremete contra lo que denomina "histoire narrative", preocupada ante todo por ordenar cronológicamente los hechos individuales y "reconstruire le passé", con lo que se queda anclada en las apariencias y no consigue penetrar en la realidad de las cosas. Frente a ello propone una "histoire sociologique", cuyo rasgo principal es "la détermination d'invariants". Este último término, clave en la propuesta de Veyne, encuentra tanto en su obra sobre el evergetismo como en *L'inventaire* diferentes definiciones. Podemos leer, por ejemplo, que las invariantes son "traits transhistoriques de l'homme et des choses, que chaque contexte historique modifie de manière d'ailleurs à peu près imprévisible" (p. 34); es decir, que son rasgos más o menos permanentes que deberían poderse reconocer en la historia por encima de las variantes espacio-temporales. Ahora bien, según como, son más bien abstracciones, generalizaciones, conceptualizaciones, instrumentos de explicación, estructuras, modelos, que permiten regresar a la realidad para distinguir las diferentes variantes y observar cómo de diversas combinaciones surgen estas variantes. En lugar de situar simplemente los hechos según el tiempo, hay que ordenarlos según los conceptos, insertar lo individual en tipologías más amplias, que es lo que realmente permitirá ver la particularidad de los hechos. Naturalmente, existen diferentes grados de individualización o generalización, todo es relativo, la individualización está en función del nivel de generalización adoptado, que dependerá en cada caso de la cuestión que se plantee estudiar el historiador.

En *Le pain et le cirque* Veyne desarrolla este programa en el que, como es notorio, se deja sentir la influencia de la sociología de Max Weber y su propuesta de elaborar categorías intelectuales puras, los *Idealtypen*, al estudiar situaciones sociales concretas⁴.

(⁴) Resulta especialmente interesante, dado el tema que aquí nos ocupa, la aplicación de estos principios a la historia antigua por parte de Weber en *Agrarverhältnisse im Alter-*

Veyne empieza haciendo una distinción entre sociología e historia, señalando que la diferencia entre ellas no radicaría en el material estudiado sino en el hecho de que la primera intenta establecer generalizaciones y recurre a los acontecimientos concretos para buscar ejemplos, mientras que para la segunda dichos acontecimientos son un objetivo en sí mismo, que se explicaría por medio de las generalizaciones. A continuación señala que en su libro encontramos tanto “histoire sociologique (où les notions de charisme, d'expression, de professionnalisation, etc., servent à expliquer des événements ou du moins à les ranger sous en concept)” como “sociologie historique” (donde nociones de ese tipo son ilustradas con ejemplos) (pp. 12 y 13). Esta dualidad en las direcciones del conocimiento es en cierto modo la misma que hemos encontrado anteriormente al hablar de las diferentes definiciones del concepto de “invariante” y es también la que condiciona la estructura del trabajo de Veyne, con una primera parte dedicada a las conceptualizaciones y generalizaciones (con sus correspondientes ejemplos) y luego una serie de capítulos destinados a explicar los hechos concretos por medio de los conceptos generales.

El evergetismo, sin embargo, no es una invariante, sino más bien “la fleur rare et presque unique d'une seule culture” (p. 42). En principio está compuesto, eso sí, por tres invariantes: 1. “la tendance qu'ont les hommes à se déployer, à actualiser toutes leurs possibilités” (que convencionalmente llama “mécénat”); 2. “les rapports compliqués que les hommes ont avec le métier politique”; 3. “le désir d'éternité”. A ellas corresponden a grandes rasgos tres tipos de evergetismo, que son, respectivamente: a.) el evergetismo libre, b.) el evergetismo *ob honorem* (obligatorio), c.) el evergetismo funerario. Estas invariantes no se darían nunca, como dice Veyne siguiendo a Foucault, “à l'état sauvage”, sino modificadas por el contexto histórico; las podemos encontrar, además, bajo agregaciones diferentes en otros períodos históricos (pp. 41 y 209). Luego, en el curso de su análisis, Veyne llega a la conclusión de que el evergetismo funerario, de hecho, se puede remitir a la primera invariante, así como a la constatación de que en el evergetismo griego de época imperial en la práctica resulta imposible discernir entre la primera y la segunda invariantes (pp. 250 y 272).

Por lo tanto, el evergetismo, tal y como lo concibe Veyne, presenta elementos de espontaneidad, pero también un claro componente de presión social. Se podría pensar entonces que hasta cierto punto es la expresión de un conflicto social: las desigualdades económicas en el seno de la comunidad obligan a los ricos a proceder a una cierta redistribución a fin de continuar manteniendo su situación de privilegio. Veyne, sin embargo, no es partidario

rio de esta explicación, que él denomina, del “equilibre”. En primer lugar, porque objetivamente el evergetismo no funciona como un mecanismo de redistribución para reestablecer el equilibrio social: “l'évergetisme n'assurait pas le pouvoir aux notables ni la tranquille possession de leurs biens aux possédants; le régime des notables, le pouvoir des riches, sont totalement indépendants de l'évergetisme, qui n'est qu'une particularité curieuse, voire un snobisme” (p. 299). Pero además, porque la propia noción de “equilibre social” es criticable, pues “les hommes se passent de l'équilibre: ils ne connaissent que leur horizon” de manera que “l'évergetisme n'a pas pour fonction de rétablir un équilibre que les hommes ignorent, qu'ils ne réclament nullement...” (p. 304). Veyne lleva esta especie de principio universal hasta sus últimas consecuencias; los hombres no sólo no reivindican un equilibrio que no conocen, sino que además se amoldan a las circunstancias (“les intérêts s'accommodent aux états de fait et aux rapports de domination; les hommes légitiment dans leur cœur le sort qui leur est fait”, p. 311), en nuestro caso, se someten al régimen de los notables y no ponen en entredicho su riqueza. ¿A qué apunta, pues, esta presión social, cuya incidencia Veyne reconoce en varias ocasiones? Por lo visto, a unos objetivos mucho más modestos de lo que pudiera esperarse en principio: el pueblo se adapta al régimen de los notables, pero hace de los beneficios un derecho adquirido; hay como un pacto histórico que obliga a los notables a ser generosos. El pueblo no se rebelará contra la injusticia económica y social, pero sí reaccionará contra la transgresión de ese pacto, aunque la respuesta, de todas formas, no pasará de ser un simple “charivari” (pp. 326 y 327).

Según Veyne, la defensa de los privilegios materiales por parte de los notables se da en un escenario distinto al de la ciudad: el Estado, que habría sido el auténtico “champ de bataille sociale”. La razón que aduce es la del escaso poder político de las ciudades frente al aparato estatal. Las relaciones de producción no dependían de los consejos municipales, sino del emperador y de sus legiones, del gobernador y sus tribunales, etc. (pp. 317 y 318).

Cabe preguntarse, entonces, cuál habría sido el interés de los notables en el evergetismo. La respuesta la encontramos en otro de los conceptos clave de la interpretación de Veyne: “la distance sociale”. Pese a sus limitaciones, “l'autonomie des cités (...) était suffisante pour parer la politique municipale d'un prestige que les riches ne voulaient pas laisser à d'autres et qui augmentait leur distance sociale” (p. 318). Los notables hacen de magistrados y de *evergetai* para defender la distancia social que les separa del pueblo, para mantener su superioridad frente a los demás. En la raíz parece ser que hay otro rasgo humano poco menos que universal: “ceux qui possèdent cette supériorité ont une curieuse tendance à l'exprimer, à déployer du faste, de la consommation ou du mécénat ostentatoire, pour montrer leur distance” (p.

319). O sea, al final llegamos a la primera de las invariantes que enumerábamos al principio. Por otra parte, vemos que el evergetismo no sirve para restablecer ningún equilibrio, sino más bien todo lo contrario.

Es por todo ello que Veyne considera que no hay que hablar de *interés de clase*. Porque lo que está en juego no son los privilegios materiales de los ricos, y porque – es importante precisarlo para entender mejor su rechazo a este concepto – para Veyne la noción de “interés de clase”, en términos marxistas, hace referencia a la defensa de las relaciones de producción entendidas como tales sólo sus aspectos materiales.

El análisis de toda esta argumentación de Veyne – bastante enrevesada y no siempre fácil de seguir – nos conduce por fin a la constatación siguiente: una gran parte de sus esfuerzos están consagrados a demostrar que en el evergetismo no hay ningún rastro de lucha de clases. A lo sumo, indicios, como él dice, de una “guérilla” de clases, es decir, los pequeños antagonismos que hemos visto al tratar el tema de la presión social.

Esta depuración de todo elemento que remita a un conflicto de clases, obedece, como ya ha sido señalado en una conocida recensión de *Le pain et le cirque*⁵, a su actitud antimarxista, que ya se había visto reflejada en su anterior obra *Comment on écrit l'histoire* (Paris 1971). Ahora bien, más allá de su postura de principio contraria al marxismo, hay una razón concreta que la justifica y que a la postre conduce también a una contraposición con el marxismo. Veyne, desde su personal concepción sociológica de la historia, intenta explicar los hechos históricos por medio de principios estáticos e invariables; reconoce, ciertamente, la existencia de cambios, modificaciones, variantes, pero como fruto de la combinación de diferentes invariantes o como accidentes debidos al tiempo y al espacio; lo que subyace en el fondo son las invariantes transhistóricas. Por lo tanto, es necesario desmarcarse de un principio explicativo dinámico como el de la lucha de clases. Considerar que el evergetismo es en mayor o menor medida el reflejo de la lucha de clases, supondría entrar en un tipo de explicación que es incompatible con el análisis que él propone, y que indicaría, cuanto menos, que el evergetismo no es el mejor tema para ensayar una historia “sociológica”.

La propuesta de Veyne no encuentra grandes obstáculos a la hora de intentar superar el historicismo (lo que no quiere decir que lo consiga), o como él dice, la “histoire narrative”. Los hechos particulares, huérfanos de cualquier principio ordenador que no sea el de su simple sucesión temporal, son unificados por medio de conceptos generales que tienden a construir una tipología transhistórica con múltiples ramificaciones y diferentes grados de

(⁵) J. Andreau, P. Schmitt y A. Schnapp, *Paul Veyne et l'évergétisme*, *AESC* 33.1, 1978, 1, p. 316.

generalización. La relación con el materialismo histórico, en cambio, es diferente. Equivocado o no, éste también generaliza sobre lo particular, pero a diferencia de Veyne, por medio de leyes de la historia, es decir, por medio de leyes que introducen una lógica en esta sucesión temporal. Se trata, pues, de una concepción totalmente distinta a la de Veyne, contra la que no se pueden lanzar las críticas dirigidas a la historia narrativa y ante la cual la propuesta de Veyne solamente puede pretender erigirse en alternativa. Vincular el evergetismo a la lucha de clases supondría relacionarlo precisamente con uno de los principios básicos de la teoría materialista sobre las transformaciones en la historia.

Ahora podemos entender mejor por qué Veyne sitúa el evergetismo dentro de unos límites cronológicos que abarcan solamente los períodos helenístico y romano-imperial, y queda excluido el clásico. No sólo por la inercia de separar la etapa helenística de la clásica, sino también por la necesidad de reducir el evergetismo a una época en la que, según él, la lucha por los privilegios materiales se da fuera de la ciudad, en el Estado.

4. El estudio de Gauthier no es de carácter “sociológico”, sino – más tradicional en cuanto a sus planteamientos – “histórico” (escribimos este término también entre comillas porque a nosotros nos resulta más difícil establecer una distinción a nivel epistemológico). Su vocación es, por otro lado, mucho más empírica. Lo que manda no es la teoría sino los documentos, y lo que interesa no es tanto la demostración mediante el estudio del evergetismo de que es posible una nueva manera de analizar la historia, como los resultados mismos acerca del evergetismo. Ello no significa, sin embargo, que Gauthier renuncie a la teorización. En su libro también encontramos reflexiones sobre la historia, que en buena medida condicionan sus investigaciones.

Gauthier reivindica la práctica de una “histoire des institutions” independiente, que no esté simplemente al servicio de la historia política: “L'histoire des institutions est le plus souvent conçue comme une compagne de l'histoire politique, dont elle est chargée de confirmer les verdicts. Depuis Polybe, on s'est accoutumé à établir un lien, logique et chronologique, entre la réussite (ou l'échec) historique des États et l'excellence (ou la médiocrité) de leurs institutions” (p. 5). La consecuencia sería que se asimila de forma preconcebida la evolución de la historia de las instituciones a la de la historia política. No quiere decir esto que Gauthier sea partidario de una historia de las instituciones totalmente autónoma. Como hemos podido comprobar, en su análisis del evergetismo los acontecimientos políticos (en especial la crisis de las monarquías helenísticas) ocupan un lugar importante a la hora de buscar explicaciones a determinados cambios. Pero en ningún momento se

establece mecánicamente una relación del tipo auge político/auge institucional, crisis política/crisis institucional, ni hay un acomodo previo a la periodización política. Más adelante veremos que Gauthier también vincula el evergetismo a otros aspectos de la realidad social, aunque no siempre recurre a ellos como elementos explicativos, sino que en el tratamiento de algunas cuestiones más bien se da la relación inversa.

Gauthier ha llevado a cabo, en primer lugar, un estudio *formal* de los decretos en los que se conceden honores a los *euergetai*. Como él mismo explica, ha fijado su atención en "l'évolution du vocabulaire officiel, du style des considérants, des honneurs civiques" (p. 67). Ello le ha permitido distinguir aspectos que a otros autores les habían pasado por alto, como por ejemplo, la diferencia entre recibir el tratamiento de *euergetes* y ser inscrito como tal, así como constatar cambios remarcables en dicha evolución, el más importante el que hace referencia a las distinciones que obtienen los ciudadanos benefactores a partir del siglo II a.C.

Todas estas características formales son estudiadas por parte de Gauthier con sumo detenimiento, pero no representan para él un fin en sí mismo, sino que son un paso previo para llegar a aspectos más profundos: "pour comprendre la raison d'être et la valeur des privilèges consentis dans chaque cas, il convient d'analyser le style des décrets, singulièrement la manière dont les bienfaits sont évoqués dans les considérants" (p. 3). El mismo esquema lo encontramos con anterioridad, cuando enumera las preguntas fundamentales que se dispone a abordar: "Comment les cités honoraient-elles leurs bienfaiteurs (...)? Quelle était la valeur des diverses «récompenses»"? (p. 2). Este procedimiento permite comprender no solamente el valor de los honores recibidos, sino también el de los servicios prestados: "l'analyse des décrets montre que la nature (ou l'importance) des services rendus par les évergètes est généralement en harmonie avec le style des considérants et avec la qualité des honneurs décernés" (p. 68). De todas maneras, Gauthier es consciente de que no basta con un análisis formal y de que también es necesario estudiar el contexto histórico: "il faut également (...) comparer les conditions dans lesquelles ils [los servicios prestados] ont été accomplis ici et là" (p. 3).

La idea de Gauthier es la de que las instituciones tienen siempre un *sentido* en la sociedad en la que se encuentran, un valor a los ojos de toda la comunidad o de un grupo dentro de la misma, que mientras las instituciones están presentes no desaparece, sino que en todo caso evoluciona y se transforma. Gauthier combate aquella manera de interpretar las instituciones que las define de acuerdo con su formulación primigenia y que entiende que permanecen inalteradas mientras la sociedad se transforma, lo que se explica por un supuesto conservadurismo natural de toda sociedad respecto a sus instituciones, y conduce normalmente a trazar un cuadro de su evolución

que empieza con una etapa de desarrollo, continúa con una de estabilidad, y termina en un largo declive (p. 6). Teniendo en cuenta esto, hay que entender que para Gauthier los matices, diferencias, cambios, que se puedan observar en los honores concedidos a los *evergetai*, están revestidos de especial significación, y que cuando éstos son relevantes hay que buscar las causas, lo que conduce al análisis del contexto histórico al que antes nos referíamos.

Por ejemplo, Gauthier busca posibles explicaciones al hecho de que en Istros (Jonia), Amyzon (Caria), Lissa (Licia) y Hanisa (Capadocia), los ciudadanos sean inscritos como *evergetai*, lo que va en contra de la regla general, según la cual, la inscripción está reservada a los extranjeros, explicaciones que apuntarían a una distinción especial de ciudadanos que han prestado servicios importantes en una situación excepcionalmente crítica, y al aislamiento de algunas ciudades en las que no se encuentran decretos dedicados a extranjeros, a lo sumo a representantes del estado (pp. 33-39). Pero la principal atención la merecen, sin duda, los cambios registrados entre la alta y la baja edad helenística, que como ya hemos visto, son explicados por Gauthier a través de la decadencia y desaparición de las monarquías helenísticas.

Esta explicación tiene unas consecuencias en el trabajo de Gauthier que van más allá de lo que es estrictamente la interpretación del evergetismo. Precisamente porque Gauthier contempla las instituciones en su relación con el contexto histórico, no sólo ofrece una explicación de la evolución seguida por el evergetismo, sino que acaba formulando una hipótesis que afecta a la interpretación de la historia de la *polis* en conjunto. En su opinión, los años posteriores al 330 a.C. solamente supusieron una cierta ruptura para Atenas, Esparta y Tebas, las ciudades que tenían una importancia a nivel internacional, pero no para el resto, que simplemente habrían cambiado de situación de dependencia, de la que los ligaba a algunas de estas ciudades o a los persas, a la que representaban los diadocos y más adelante los reyes helenísticos. En general el nuevo estado de las cosas no habría comportado cambios en las instituciones ciudadanas. Por el contrario, "à la basse époque hellénistique, l'affaiblissement ou la disparition des monarchies grecques et l'entrée en scène des Romains provoquèrent ou accélérèrent des transformations autrement profondes, non seulement dans les institutions, mais encore dans l'organisation économique et sociale des communautés civiques" (pp. 4 y 66-69). Estas conclusiones son, como mínimo, sorprendentes, pues contradicen el esquema que habitualmente se asume para explicar la evolución de la *polis* griega.

Así pues, vemos que en última instancia Gauthier no sólo plantea una nueva interpretación del evergetismo, sino que desde su estudio pone en en-

trédicho algunos fundamentos básicos de la imagen que desde hace tiempo nos hemos ido forjando de la historia de Grecia.

Consideraciones finales:

Pese a las diferencias, se puede decir que Veyne y Gauthier coinciden por lo menos en un punto. El evergetismo es un fenómeno ligado a la élite ciudadana, es evidente, pero ninguno de ellos da explicaciones sobre el surgimiento o los cambios del evergetismo según la evolución de dicha élite. Aunque de manera distinta, no buscan las causas *dentro* de la *polis*, en el proceso social interior, sino *fuera*, en la coyuntura política internacional.

Como ya hemos explicado, a Veyne no le interesan los posibles aspectos cambiantes del evergetismo. Por lo que a su surgimiento se refiere, considera, efectivamente, que el establecimiento del régimen de los notables es condición sine qua non para ello. Pero en ningún momento se entretiene en explicar cómo nace dicho régimen, cómo aparecen los notables y cómo se hacen con el poder, pues desde su punto de vista esto no tiene importancia para la comprensión del evergetismo. Se limita a recurrir a la autoridad de Aristóteles y Max Weber, así como a proclamar algunas máximas universales que explican lo que parece ser un fenómeno natural: “«Il y a changement de la démocratie en oligarchie», écrit Aristote, «si une classe riche est plus puissante que la multitude et que cette dernière se désintéresse des affaires de l'État»; et Max Weber écrit de son côté: «Toute démocratie directe tend à se convertir en un gouvernement des notables»”; y Veyne mismo: “toute démocratie directe est pesante et d'autre part, les inégalités étant cumulatives, la classe riche tendait naturellement à être classe dirigeante” (p. 201). Lo importante es constatar la existencia de un régimen de notables, comprobar que se dispone, por así decirlo, del “soporte” necesario para las invariantes, a partir de lo cual tampoco interesan demasiado las variantes en su desarrollo. Es más, prestarles excesiva atención supondría entrar en contradicción con los principios teóricos en los que descansa el trabajo, que es por lo mismo que se intenta demostrar que el evergetismo no guarda relación con la lucha de clases.

El régimen de los notables, sin embargo, no es nada excepcional. En Atenas se da antes del período helenístico y, como indica el propio Veyne, en muchas otras ciudades no se conoció la democracia y fue éste el único tipo de gobierno. Lo que finalmente hace posible el evergetismo, el detonante, es el cambio en la situación política internacional, que conduce a una pérdida de poder político de las ciudades en beneficio de las monarquías helenísticas, con la consiguiente devaluación de los cargos ciudadanos. De todas formas, tampoco hay que sobreestimar la importancia que Veyne concede a este factor. Para él no es más que la segunda *condición necesaria*, mien-

tras que las *causas* del evergetismo hay que buscarlas en las invariantes.

El contexto político general adquiere aún más relevancia en las argumentaciones de Gauthier. En la primera gran coyuntura, el surgimiento de las monarquías helenísticas, pone poco énfasis porque entiende que precisamente se ha destacado demasiado, hasta el punto de marcar una ruptura inexistente en la historia de las instituciones ciudadanas. Pero no deja de otorgarle importancia, ya que al fin y al cabo da lugar a la proliferación de una de las modalidades del evergetismo, el relativo a los monarcas, y lo que resulta más interesante, en el fondo contribuye a preparar los cambios que se van a producir más adelante: el auge de la monarquía hace que destaquen los ciudadanos que se encuentran más cercanos al rey o que son capaces por medio de embajadas de arrancarle favores; de esta manera se va gestando una nueva clase de *evergetai*, superior a los demás ciudadanos. Es cierto que en este punto Gauthier se fija en la evolución de la élite, pero los cambios no son atribuidos a la dinámica interior de la *polis* sino, una vez más, a las transformaciones que se producen en su exterior. Una de ellas, el hundimiento de las monarquías helenísticas, es, finalmente, el gran hito que permite el cambio decisivo en la historia del evergetismo, y que da paso al protagonismo de los grandes *evergetai* tardohelenísticos. No interesa si la élite que asume este papel siempre ha estado ahí, aguardando el gran momento, si siempre ha sido la misma, si es diferente, etc. En la introducción del libro de Gauthier ya se podía intuir la perspectiva que iba a adoptar, o más bien dicho, la que no iba a adoptar, cuando señalaba que las cuestiones que se plantea “concernent (...) l'*attitude* des communautés envers leurs bienfaiteurs, plutôt que le rôle joué par ceux-ci dans la cité” (p. 3). De hecho, por lo que a este último aspecto se refiere, el del papel que desempeñaban los *evergetai* dentro de las ciudades, no parece que discrepe en lo esencial de Veyne, lo que al fin y al cabo permite entender en gran medida la dirección en la que busca las explicaciones a los cambios experimentados por el evergetismo. Ello se comprende también por el hecho de que Gauthier no comparte la idea tradicional sobre la evolución de la *polis* en época helenística, lo que le impide recurrir a los aspectos sociales de dicho proceso sin entrar a rebatir y analizar toda una serie de cuestiones de gran envergadura, que por sí solas ya constituirían un trabajo y desbordarían ampliamente los límites de una investigación sobre el evergetismo.

Por supuesto, no faltan autores que hayan contemplado el evergetismo desde el punto de vista de su relación con la evolución social de las *poleis* helenísticas. Es, en realidad, la perspectiva que se adopta en muchas de las obras clásicas sobre el mundo helenístico, así como en otras más recientes.

En general se parte de la idea de que en época helenística se produce una crisis de la *polis* a distintos niveles: no solamente en el plano de la autono-

mía política frente a los monarcas, sino también en el de las diferencias económicas y sociales, que se agudizan, y en el de las instituciones políticas, que se concentran más que nunca en manos de una minoría pudiente. Se trata de una teoría que viene de lejos (no hay más que leer las obras fundamentales de A. H. M. Jones)⁶, pero que también está presente, en alguno de sus aspectos o en su totalidad, en autores como G. E. M. de Ste. Croix, J. K. Davies o H. J. Gehrke⁷, que recientemente han dedicado especial atención al tema. En ella podrían inscribirse las explicaciones de Veyne, pero no, obviamente, las de Gauthier, con el cual alguno de estos autores discrepa abiertamente.

En el contexto de estas transformaciones habría tenido lugar el desarrollo del evergetismo. Cl. Préaux, por ejemplo, considera que los decretos en honor de los *euergetai* reflejan la desigualdad económica, la inhibición de los restantes ciudadanos de los cargos gratuitos y onerosos, y en definitiva, la asociación de la riqueza y poder en unas pocas personas. Según Préaux, los móviles que las habrían impulsado a ocupar magistraturas y a actuar como benefactores, estarían relacionados con la consecución de ventajas económicas o el mantenimiento de las condiciones vigentes: "...nous ignorons quelle est l'origine de la fortune des mécènes. Est-elle terrienne, le pouvoir permet peut-être à celui qui le détient d'éviter partage des terres et remises des dettes si souvent réclamés. Pour le gros propriétaire foncier, il vaut mieux nourrir les pauvres que de les voir bouleverser l'ordre établi. Fondé sur le commerce maritime, le pouvoir offre au mécène le moyen de négocier des traités avantageux..."⁸. P. Lévêque, por su parte, sostiene que en el período helénístico asistimos a un aumento de las diferencias económicas entre las distintas capas de la sociedad: gran parte de Grecia se empobrece, lo que provoca el endeudamiento de los pequeños propietarios y a la larga la concentración de la tierra en manos de los ricos; el mundo colonial de Occidente es más próspero, pero allí el desigual reparto de la riqueza no hace más que intensificar los antagonismos entre ricos y pobres; en las ciudades orientales, finalmente, da la impresión de que las grandes riquezas derivadas de la explotación de la tierra o del comercio son acaparadas por una minoría. Siendo así las cosas, los ricos "non hanno che un mezzo per attenuare l'acutezza delle

(6) A. H. M. Jones, *The Cities of the Eeastern Roman Provinces*, Oxford 1971 (1ª ed. 1937), *The Greek City from Alexander to Justinian*, Oxford 1940.

(7) G. E. M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, Ithaca 1981, 300-326; J. K. Davies, en *The Cambridge Ancient History. Second Edition*, VII 1, Cambridge 1984, 304 y ss.); H.-J. Gehrke, *Geschichte des Hellenismus*, München 1990, 67-69, 181 y 182.

(8) Cl. Préaux, *Le monde hellénistique*, Paris 1978, 435-448; *Les villes hellénistiques principalement en Orient*, "RSJB" 6, 1954, 127 y 128.

contraddizioni: redistribuire una parte delle proprie ricchezze coi sistemi ben noti dell' evergetismo (...). Solo in questo modo può essere salvaguardata la facciata dell' *homònoia*, quella concordia civica che viene tanto più esaltata quanto mal corrisponde alla dura realtà dei virulenti antagonismi. (...) Dovunque l'evergetismo funziona come una maschera che nasconde la realtà dei rapporti sociali, quasi sempre senza un'azione veramente economica e come semplice organismo di redistribuzione di una parte (assai minima) del sovrapprodoto percepito dalle classi dirigenti⁹. Por último, Gehrke ha vuelto a insistir recientemente en argumentos parecidos. En el período helenístico se produciría lo que él denomina una "Aristokratisierung". Los miembros de la clase alta se convierten cada vez más en grandes propietarios, por un lado, y por el otro, gracias al comercio, van acumulando riqueza en dinero, con lo que sobresalen más que nunca por encima del resto de la población. El evergetismo les sirve para ir afianzando esta posición: "Ihre innergesellschaftliche Stellung wurde vor allem dadurch gefestigt, dass sie ihre Position und ihren Reichtum in einem hohen Masse für öffentliche Aufgaben nutzten". Según Gehrke se trata de un proceso que ya se deja sentir antes del helenismo y que con la caída de la monarquía y la hegemonía romana no hará más que intensificarse¹⁰. En esta última apreciación vemos que, por lo que respecta a la cronología del evergetismo, Gehrke tiene en cuenta las aportaciones de Gauthier, aunque la explicación que ofrece sea muy distinta. Al igual que las explicaciones de los otros autores, la suya resulta especialmente contradictoria con la opinión de Veyne en lo referente a la función del evergetismo como mecanismo corrector o enmascarador de las desigualdades entre ricos y pobres.

La idea de que el evergetismo es el reflejo de una crisis de la *polis* clásica puede verse reforzada por cierta concepción del evergetismo monárquico: se puede entender que el evergetismo es una manera de regular por medio de los beneficios que los monarcas otorgan a las ciudades y el reconocimiento y honores que éstas les tributan, la relación de sumisión entre unas ciudades que no están dispuestas a aceptar la pérdida de su independencia y unos reyes que, en cambio, consideran que éstas les pertenecen. En éste caso el evergetismo no aparecería como una forma de intentar superar contradicciones económico-sociales sino más bien políticas.

De esta manera vemos que el evergetismo puede ser interpretado como la manifestación de una crisis de la *polis* en un doble sentido: 1.) como consecuencia de un aumento de las diferencias entre ricos y pobres que conduce al

⁽⁹⁾ P. Lévêque, en R. Bianchi Bandinelli, *Storia e civiltà dei Greci*, Milano 1977, vol. 7, 96-103 y 148.

⁽¹⁰⁾ Gehrke, *ob. cit.* 68-69.

monopolio del poder político por parte de los primeros, 2.) como resultado también de la pérdida de la independencia de las *poleis*. O sea, el evergetismo vendría a estar relacionado con unas transformaciones que atentan contra los principios fundamentales de la *polis* clásica: la democracia y la condición de ciudad-estado.

En conjunto, todas estas interpretaciones difieren notablemente de las de Veyne y Gauthier, ya sea porque parten de una idea distinta de lo que fue la evolución de la *polis* en época helenística, ya sea porque buscan las explicaciones en unos aspectos diferentes de dicha evolución, lo que permite darnos cuenta en mayor medida de la peculiaridad de las dos propuestas que hemos ido analizando a lo largo de estas páginas. Cabe preguntarse, para terminar, a qué resultados llegaría un trabajo que se apoyase en los mismos aspectos que estas últimas interpretaciones, pero de carácter monográfico y realizado desde una concepción revisada del desarrollo de la *polis*. Da la impresión de que si se ha de llegar a nuevas conclusiones sobre el evergetismo es en gran parte desde esta perspectiva.

Universitat de Barcelona

MARC DOMINGO-GYGAX